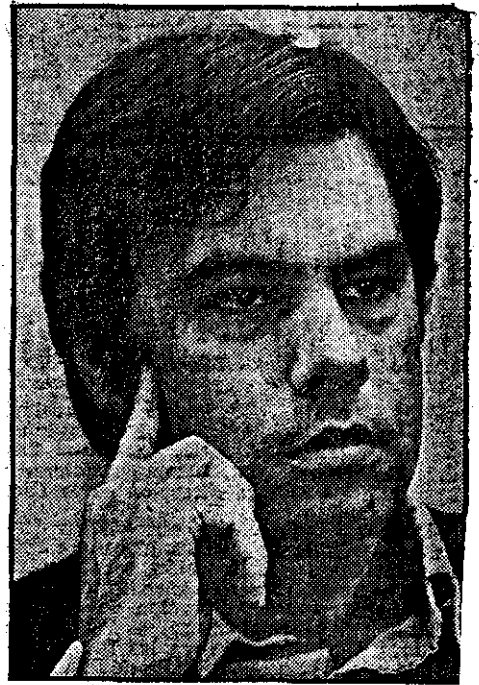


Crónica de la semana

LOS SOCIALISTAS Y LA CORONA

ESTE fin de semana en Barcelona, en el Simposio Internacional de Periodistas Liberales que organiza la Fundación Naumann, espero poder estrechar una vez más la mano ancha y abierta de Indro Montanelli. Pienso aprovechar este nuevo encuentro con el director de «Il Giornale Nuovo» —indoblegable en la defensa de su concepción personalista de la vida, todo un punto de referencia intelectual y ética para las nuevas generaciones de periodistas— para comentarle uno de los pasajes de su espiéndido perfil de Axel Munthe, el psiquiatra sueco que se hiciera famoso en todo el mundo por su libro «La historia de San Michele». Se trata de dos párrafos en los que Montanelli cuenta cómo «bajo el reinado de Gustavo, los socialistas suecos adoptaron la moda de los faldones y la chistera que ejemplifica y simboliza el equilibrio político y social de aquel pueblo».



da en que frustró su política de puente tendidos hacia la izquierda. «No era entera la amistad congénita hacia la Corona, sin repudio del monopolio oligárquico y clasista que desgraciadamente se impuso en la Restauración». Buena prueba de ello es el hecho de que, cuando por un momento pareció que aquel lastre antisocial iba a ser evacuado, fue nada menos que Largo Caballero quien aceptó el cargo de Consejero de Estado durante la Dictadura de Primo de Rivera.

Aquel muchacho mal barbado, de camisa blanca y constitución asténica, que, há ahora muy poco más de dos años, bander tricolor en mano, recorría en trepidante, estremecedora carrera el inacabable pasillo del salón en el que el P. S. O. E. celebró su primer congreso en la legalidad, y enarbolaba, pues, sino el símbolo de adaptación temporal de la ameba socialista a uno de los más atípicos meandros de nuestra historia. Y quienes durante meses y meses han venido arrullando la balumba farandulera del libro y el tintero, del puñal la rosa y la paloma, con el sonsonete de que «España mañana será republicana» demostraban su incapacidad de fijar la vista en otro período de su propia peripe cia que no fuera el comprendido entre 1931 y 1939.

□ DON JUAN - DON JUAN CARLOS: TREINTA AÑOS DESPUES

Porque el posibilista había sido el Partido Socialista Obrero Español en sus orígenes posibilista lo fue en su historia trágica. Los momentos más fructíferos de la oposición democrática al franquismo coinciden con los movimientos de sístole que agrupan a socialistas y monárquicos en pos de la restitución de las libertades públicas. En su apasionante libro sobre el tema, que el año pasado le valió el premio Espejo de España, Javier Tusell explica, por ejemplo cómo, bajo el influjo de ese gran hombre de Estado que fue Indalecio Prieto, el Partido Socialista Obrero Español optó por sustituir su hermética divisa de «A la democracia por la República» por la más racional y razonable de «A la República por la Democracia».

La actitud ejemplarmente integradora de Don Juan de Borbón durante este período constituye un auténtico anticipo de lo mantenida durante los últimos mil días por su hijo, el Rey Don Juan Carlos I. Sus declaraciones de 1947 al semanario británico «Observer», que tanto revuelo suscitaron entre los sectores dinásticos más conservadores, podrían confundirse, perfectamente, con cualquier texto reciente extraído de las crónicas de la Monarquía restaurada. Preguntado expresamente por la situación en la que quedarían el Partido Socialista y las centrales obreras en el caso

características de la España de principios de siglo, tan diferentes a las de Suecia, empujaron sin embargo al colectivo constituido ahora hace cien años en la tertulia de la calle de Tetuán, hacia rumbos de crispación y marginamientos. «El obrerismo español nacía indiferenciado y agresivo —cito a Ricardo de la Cierva—; en fin de cuentas, y tras diversos intentos esporádicos, no llegaría nunca a integrarse políticamente en la Restauración, y esta es una de las causas del fracaso final de la Restauración».

El obrerismo español tampoco nacía, sin embargo, republicano. Durante sus primeros cuarenta años, los más creativos y fecundos, el P. S. O. E. fue un partido posibilista en cuanto a la forma de Gobierno. No es casualidad que, por ejemplo, la primera campaña periodística en toda regla de «El Socialista» fuera dirigida contra los partidos que se proclamaban republicanos. Tal y como precisaba un editorial de este periódico publicado en diciembre de 1977, la posterior aproximación de los socialistas al republicanismo — la muerte de Canalejas fue trágicamente decisiva, en la medi-

El «Gustavo» en cuestión es Gustavo V, uno de los más sobresalientes soberanos de la dinastía Bernadotte. Creador de la Copa del Rey de Suecia, fue durante muchos años el primer tenista de su país y aún a los ochenta —así lo señalaba Juan Balansó en el dominical de A B C en su importante serie sobre las dinastías europeas— continuaba saliendo a la pista. Pero no es por su enorme vigor personal ni por su longevidad, por lo que los suecos honran su memoria. En él admiran sobre todo su habilidad para mantenerse al margen de las dos grandes contiendas bélicas del siglo y su visión de estadista que le hizo dotar a su Monarquía de una dimensión intachablemente constitucional y democrática.

Su gran mérito en este ámbito —«Con el pueblo, por la Patria», decía el lema de Gustavo— radica en haber sido capaz de incorporar al Partido Socialista a la órbita de la Corona sin que ello supusiera quiebra alguna para Suecia. Aunque anecdótico, en 1914 tuvo lugar un episodio, a menudo recordado, que sentenciaría inapelablemente la cuestión. Fue la primera vez que Branting —durante varios años la única voz socialista que había clamado en el Parlamento— ganó para su partido unas elecciones. Inmediatamente se presentó en la Cámara —adornada ya con la presencia de una nutrida representación de sus correligionarios— y anunció que la nación le había otorgado en las urnas su confianza para derrocar a la Monarquía, porque el pueblo estaba harto de esta institución.

A la mañana siguiente una interminable columna de campesinos desfilaba por las calles de Estocolmo. Eran millares y millares; venían de lugares diversos. Llegaron en silencio hasta el palacio del Rey Gustavo V, respetuosamente, fueron quitándose el sombrero al pasar bajo las ventanas de sus aposentos. Luego se disolvieron y regresaron a sus puntos de origen.

Branting comprendió el significado del gesto y presentó su dimisión a Gustavo V. Este le recibió con una palmada cordial y le dijo: «Es la primera vez que gobierna usted; tiene usted, no el derecho, sino la obligación de equivocarse.» A continuación le ratificó su confianza y le confirmó como primer ministro. «Desde entonces —escribe Montanelli— los Gobiernos suecos han sido socialistas, pero con chistera y faldones, y sus componentes y sus electores no se llaman «comaradas»; se llaman «señores»; por la sencilla razón de que lo son». Habría que añadir que Karl Hjalmar Branting —premio Nobel de la Paz en 1921— se convertiría muy pronto en el padre y patriarca de la socialdemocracia nórdica y que, en las seis décadas que median hasta ahora, la sueca ha sido una sociedad en paz, consigo misma.

□ AQUEL MUCHACHO MAL BARBADO...

Como Branting, y con muy pocos años de diferencia, Pablo Iglesias fue también el primer diputado socialista en acceder al Parlamento de su país; y como la de Branting, la suya fue también durante un tiempo una presencia aislada y solitaria. Las

Crónica de la semana

● Todos estamos de enhorabuena porque el Partido Socialista es ya la leal oposición de Su Majestad

de que accediera al Trono. Don Juan responde: «Todos los individuos y entidades que se muevan y actúen dentro de la legalidad gozarán de idénticas libertades. La Monarquía habrá de reconocer los derechos políticos y sociales de todos los españoles sin distinción de clases, y la efectividad de los mismos podrá mantener un parangón airoso con los de los países más progresivos.»

Es en estas mismas declaraciones en las que Don Juan afirma: «Hace mucho que la hora de la Paz debió sonar para España. Sin embargo, la paz verdadera no ha llegado ni podrá llegar para España hasta que no se brinde a todos los españoles la oportunidad de olvidar odios, rencores y venganzas.»

Más de treinta años después, el hijo parece exhumar ahora no sólo el pensamiento, sino incluso el lenguaje del padre. «Como estoy seguro del patriotismo que les anima —afirmó el Rey el pasado martes, dirigiéndose a la Ejecutiva del P. S. O. E.—, alcanzado el objetivo de disponer de una Constitución que estará muy honrado en sancionar con la solemnidad que la ocasión requiere, pondremos todo nuestro empeño en seguir trabajando en paz y armonía, desterrados odios, rencores y violencias...» En la tríada de nuestros demonios cotidianos tan sólo una palabra ha sido sustituida por otra, fonéticamente muy similar y de casi idéntico significado. La gran diferencia estriba en que mientras en el primer caso se advierte, desde el más sentido patriotismo, una flagrante necesidad, en el segundo se da fe de que la semilla de la esperanza ha dado su fruto a través del vínculo de la sangre —más fuerte al final, para bien de España, que ningún otro— y de que esa carencia puede proclamarse colmada.

NO SERA PRECISO NI EL FALDON NI LA CHISTERA

El encuentro entre el Rey Don Juan Carlos y la Ejecutiva del Partido Socialista ocupará un lugar importante en los anales de la Corona de España y constituye la rúbrica más lucida de nuestro proceso constituyente. Los socialistas nunca vilipendieron al Rey de la misma forma en que

lo hizo en fecha no muy lejana don Santiago Carrillo; pero tampoco corrieron a postrarse ante sus pies con la docilidad que empleó el hasta ahora nunca despelucado secretario general del Partido Comunista tan pronto como comprendió que era la vía más segura para conseguir un lugar bajo el sol.

La dirección del Partido Socialista ha aguantado impertérrita tanto la presión de los sectores más cavernícolas de entre sus bases —nutridos de trostkistas infiltrados y de «gauchistas» erráticos más que de verdaderos socialistas— como la justificada demanda de la opinión pública de rendirse, de una vez, ante la evidencia de que en la España nueva, Monarquía y Democracia son conceptos inseparables. Por fin, el paso se ha dado y se ha dado con todas sus consecuencias. En la actitud de Felipe González y sus colaboradores no parece existir la menor reserva a la hora de acatar la Institución en los términos, homologables a los de otras Monarquías europeas, en los que ha quedado constitucionalizada. El joven secretario general del P. S. O. E. no cometerá ya el error que finalmente hizo abrir los ojos a su colega Branding y no tendrá, por tanto, que pasar por la bizarra penitencia del faldón y la chistera. Don Juan Carlos tampoco precisará responderle —estoy seguro de que lo haría— con la misma palmada conciliadora administrada por Gustavo V. Todos estamos de enhorabuena porque el Partido Socialista es ya la leal oposición de Su Majestad.

GARRIGUES, UN VIENTO DE LIBERTAD

Esta trascendental clarificación de la oposición ha venido acompañada en el tiempo de un ilusionante impulso vertebrador de la «oposición». Me refiero al gran acto de afirmación liberal que supuso la conferencia de Joaquín Garrigues en el Club Siglo XXI. En medio del desierto de frustración y desencanto que embargó a los sectores moderados de la población española, la propuesta de esa sociedad competitiva en la que la justicia debe ser la consecuencia natural del ejercicio de la libertad, y no a la inversa, constituyó un vivificante oasis de esperanza.

Un millar de profesionales con capacidad de liderazgo en sus respectivas áreas de influencia acudieron a la convocatoria de Garrigues y expresaron con entusiasmo su identificación con sus ideas. Frente a la ambigüedad, los complejos y el entreguismo de algunas de las personas que casi todos los viernes comparten su misma mesa, el actual ministro de Obras Públicas representa una opción política clara y concreta, de efectos conocidos y comprobados.

Garrigues tiene ante sí veinte años de vida pública. La conquista del poder no le corre prisa y viene sirviendo lealmente al presidente Suárez desde el mismo momento de la constitución de la U. C. D. Como en el caso de Fernández Ordóñez y de algunos otros barones del partido, esa relación quedará, sin embargo, inevitablemente quebrada a no muy largo plazo si no se completa sobre unas mínimas bases de reciprocidad. Si Garrigues se viera obligado a pasar por Colombey-les-Deux Eglises habría llegado el principio del final de la Unión del Centro Democrático que conocemos.

Cuarenta y ocho horas después de su conferencia Garrigues asistió a la presentación del Instituto de Economía de Mercado, que dirige el catedrático Pedro Schwartz. Un poderoso viento de libertad sopla ya al estricto amparo de la Constitución.

Salvador de Madariaga aún mora entre nosotros.—Pedro J. RAMÍREZ.